
El camino re-leído: el Sínodo se fue haciendo original

Mariluz Restrepo J.*

*¡La inmensa ruta triunfal a través de la Tierra
reconciliada para que el hombre sustraído al
azar avance por ella!*

Paul Claudel

RESUMEN

Este artículo explicita el estilo del Sínodo de la Arquidiócesis de Bogotá a partir de una cuidadosa relectura del proceso que el Sínodo mismo fue gestando. Pone en evidencia la pedagogía sinodal la cual –si bien fue sugerida en el Anuncio del señor cardenal Mario Revollo Bravo– se fue descubriendo durante el trayecto y comprende una amplia consulta a la cual se le aplicaron tres pasos: atenta escucha, reposado discernimiento y respuesta de testimonio cristiano. El texto especifica aquellos aspectos alcanzados en cada uno de los pasos como fundamento de la respuesta y reconoce como el proceso estuvo caracterizado por una significativa participación, una búsqueda constante y una transformación de corazón: la conversión fue el espíritu en el que el Sínodo colocó a la Iglesia de Bogotá.

* * *

* Asesora de la Secretaría del Sínodo de 1993 a 1998. Profesora titular de la Pontificia Universidad Javeriana y profesora asistente de la Universidad Nacional de Colombia.

Entre 1989 y 1998, la Iglesia de Bogotá, de manera explícita, caminó junta-en-conversión. El proceso sinodal se realizó a través de una muy amplia consulta, la cual fue objeto de una atenta escucha y de un cuidadoso discernimiento como fundamento de la respuesta en la que se sintetizan los interrogantes suscitados, los presupuestos, propósitos y líneas de acción para revitalizar la vida pastoral de nuestra arquidiócesis.

Si bien es cierto que hoy podemos afirmar que estos cuatro términos –consulta, escucha, discernimiento y respuesta– condensan el proceso sinodal y que éstos los encontramos como una sugerente invitación en el *Anuncio* del señor cardenal Mario Revollo Bravo, fue ya avanzado el proceso cuando esta pedagogía se nos fue revelando como la que sin proponérselo habíamos acogido. Hoy sabemos que el *Anuncio del Sínodo*, junto con la *Oración* que lo acompaña, guiaron, iluminaron y fortalecieron nuestros procesos, y también hemos comprendido cómo las diversas acciones realizadas ganaron en densidad y descubrieron sus plenos sentidos al reconocerse en el espíritu de lo allí enunciado.

En su origen «espíritu» quiere decir «soplo», «aliento» ...y en sus vicisitudes, la palabra fue tomando el sentido de «ánimo»; luego se convirtió en «lo que de manera inmaterial infunde energía y da significación». El *Anuncio* y la *Oración* por el Sínodo fueron como ese soplo, como el aliento que nos fue empujando en nuestros recorridos. Cada paso realizado nos animaba a seguir caminando. Y en el proceso, en el camino, fuimos modificando nuestra mirada, fuimos entrando en conversión reconociendo esa nueva energía que nos abría a nuevas e inusitadas significaciones.

Nos proponemos, entonces, explicitar tal espíritu, mediante la descripción del camino sugerido, del recuento de los pasos dados y de la caracterización de nuestro estilo sinodal; es decir, de esa manera particular de ser como resultante de nuestras acciones.

PEDAGOGÍA SINODAL: GUÍAS Y ETAPAS SEÑALADAS

Una juiciosa lectura del *Anuncio* es indispensable para comprender el camino trazado y sus inmensas posibilidades.

El Sínodo nos lo presenta el Señor Cardenal como una «noticia grata», esto es, como una *buena nueva*, como un signo de esperanza, que inaugura, que posibilita, que nos abre y nos proyecta; y nos lo presenta como «una idea que ha madurado». No es el resultado de la improvisación, ni de la impulsividad; requirió de consulta, reflexión y oración. Es, entonces, un proceso privilegiado de la Iglesia

de Bogotá, que «sacude de la posible rutina en métodos y acciones, saca a la Iglesia del encierro en que puede caer durante su trayectoria histórica y hace que se ponga en actitud de apertura y de escucha».¹

Es un proceso requerido, «exigido por la transformación histórica» que nos está correspondiendo vivir y realizar. En nuestro caso específico el reconocimiento de nuestra ciudad es, en cierta forma, reflejo de un mundo latinoamericano, de sus variadas maneras de presentarse y representarse, de su inmenso potencial de vida que ha ido configurando una forma-de-ser-urbano que en última instancia caracteriza y condiciona al hombre del milenio por venir. Son numerosos los «cambios en la vida contemporánea, caracterizados por su profundidad y celeridad»: desarrollos tecnológicos, avances científicos, nuevas formas de convivencia que configuran la cultura urbana, cambios geopolíticos, diversas maneras de expresión que trastocan el arte y sus estéticas, han contribuido a transformar la concepción de tiempo y espacio, a modificar radicalmente la noción de realidad, a permitir visiones englobantes que convierten al mundo dicotomizado, paradójicamente, en una gran aldea. Si no asumimos, si no comprendemos estas transformaciones, no podremos reconocer allí la fuerza del Espíritu y nos quedaremos rezagados de la historia, permaneceremos como meros testigos, no como actores, y así «corremos el riesgo de perder el contacto con la realidad circundante y por tanto de marchar en un camino paralelo pero no convergente con el de los hombres de hoy a quienes la Iglesia debe llevar el mensaje de salvación».

No es, entonces, gratuito que al Sínodo lo defina como una «celebración», como «invitación del Señor Jesús», como «acontecimiento salvífico», como «comunión eclesial». Es una celebración, no un hecho cualquiera; es un festejo que nos alegra y nos permite gozar. Y para esa celebración hay una invitación, término cuyo origen significa «llevar para que vea conmigo»; no es una orden, no se impone, es una acción de agasajo que se nos ofrece en libertad, busca provocarnos, nos exhorta, nos llama... Y éste no es un llamado de cualquiera; es un llamado de Jesús –como nos lo recuerda la *Oración*– quien como Dios encarnado es el Invitador por excelencia: «Si alguien quiere venir en pos de mí...» (Mateo 16, 24); quien abre sus brazos para acoger y no se contenta con proclamar el mensaje del Reino sino que incita a los hombres a entrar en él. De ahí que el Sínodo sea un acontecimiento salvífico. No es un hecho simplemente humano; es momento, oportunidad, ocasión única y siempre nueva que se nos ofrece como camino de

1. Las citas son del *Anuncio*, a menos que se indique lo contrario.

salvación, como obra de Dios para con nosotros haciéndonos semejantes a Él. Y es una oportunidad de salvación para toda la Iglesia, en este caso, la Iglesia particular de Bogotá, como pueblo de Dios en común-uniión.

Por eso, el Sínodo acoge y recoge a toda la Iglesia. Ha de realizarse a partir de una «amplia y bien delineada consulta que llegue a todos los sectores posibles que estén en capacidad de dar aportes válidos» buscando «dar cabida a multitud de voces e interrogantes de distinta procedencia» y ha de realizarse «con metodología apropiada y con ánimo de verdadero diálogo». «La consulta nos conducirá a asumir una posición clara y definida que se traduce en escuchar, discernir y responder.» Es decir, un sínodo por naturaleza es consulta y el *Anuncio* nos señala que a la consulta se le han de aplicar tres pasos fundamentales: escucha, discernimiento y respuesta.

– *Consultar* es «dar cabida a multitud de voces e interrogantes de distinta procedencia» y a través de esta multitud de voces e interrogantes se hace camino, sínodo, con los pasos de escucha, discernimiento y respuesta.

– *Escuchar* es aplicar el oído a la voz de otro siendo amplios y pacientes: «Escuchar de manera atenta con serenidad de espíritu, con ánimo abierto, con la sencillez del que sabe que, más allá de la propia visión, hay personas que están en capacidad de descubrirnos horizontes que acaso hasta el momento no se presentaban con suficiente claridad.»

– Pero no basta con escuchar: «...el abundante acopio de voces que nos hayan de llegar tendrá que ser objeto de reposado *discernimiento*. Será necesario precisar, ponderar, dar a cada una de esas voces su valor y auténtico contenido. Esta es una fase fundamental del proceso sinodal, que nos habrá de colocar en situación de sano equilibrio.» Discernir es reconocer en esas voces, mediante la aplicación de «juiciosos criterios y principios muy sólidos, los elementos verdaderamente válidos que merezcan atenta reflexión».

Una vez completo el discernimiento, se da el «paso siguiente y definitivo, que es la *respuesta* a los interrogantes suscitados; éste es el momento culminante del Sínodo», en el cual se asegura la correspondencia a «las exigencias que impone la misión de servicio eclesial a todos nuestros hermanos» mediante la «formulación de presupuestos, propósitos y líneas de acción para la vida pastoral de la arquidiócesis, tratando por todos los medios posibles de renovar la actividad apostólica y de este modo salir al encuentro de las exigencias que impone la misión de servicio eclesial a todos nuestros hermanos».

Se trata de contestar con toda sinceridad «si marchamos bien o si tenemos reparos a nuestra marcha». Como una guía, el *Anuncio* se nos propone varios interrogantes que nos acompañaron durante todo el proceso sinodal:

- ¿Qué estamos haciendo?
- ¿Cómo lo estamos haciendo?
- ¿Qué no estamos haciendo en el desempeño de nuestra tarea pastoral?
- ¿Cómo calificamos nuestra acción apostólica?

Y, para realizar nuestra tarea, el Señor Cardenal nos impulsó a:

- «...abrirnos al Espíritu Santo (...) para que nos infunda dinamismo y vitalidad, para recibir su iluminación» que nos posibilite ver lo mismo de manera distinta; a «crecer progresivamente en la fe» como único camino para descubrir lo encubierto en una dimensión que nos conduzca a lo trascendente y no se limite a meras explicaciones objetuales.
- Colocarnos en «actitud de escucha y diálogo para reconocer las múltiples y diversas voces», para descubrir otros puntos de vista, otras formas de ser y de hacer, otros lenguajes y expresiones, otras formas de interrogación, otras experiencias vivenciales.
- Empezar una «búsqueda humilde y creativa»: «humilde» para reconocer nuestra situación sin arrogancia, sin imponer nuestra perspectiva, sin forzar ni acomodar explicaciones y, como dice la *Oración*, con «fortaleza para enfrentar los desafíos del momento»; y «creativa», situados en el reino de la imaginación para poder ver lo invisible, para crear posibilidades-otras, para abrir horizontes, para hacer de lo que aparece como imposible posibilidad con sentido.
- «...tener una dinámica conciencia misionera con audacia pastoral», de sabernos como quienes hemos de soltar, de arrojar, de lanzar esas posibilidades que nos despliega el Evangelio, siempre inaugurando, siempre iniciando, siempre abriéndonos a otras dimensiones en las que nos reconocemos como plenamente humanos. Por eso se requiere audacia, necesitamos ser atrevidos, tomar riesgos, apostar a lo que puede ser, solamente con la certeza en que nos coloca nuestra fe.

Y también se nos advirtió que no nos desanimáramos ante comentarios no siempre justos y apropiados, ni nos desalentáramos ante peticiones imposibles. Serenidad, reposo, juiciosos criterios y principios muy sólidos fueron nuestros

mejores aliados para ponderar, valorar y poder descubrir respuestas a los interrogantes anteriormente formulados.

Comprendemos que un Sínodo sólo lo es en la medida en que sea un «vigoroso proceso de renovación para crecer en santidad», como nos recuerda la *Oración*; y como nos enseñó el Concilio Vaticano II, cuando «la Iglesia se recoge, se observa, se examina; conjunta sus energías, reajusta sus modos de pensar y de hacer, procede a una renovación; pero a una renovación sobre todo interior que afecta a las relaciones del cristiano con su Dios» (Pablo VI, *Discurso* 8.12.65) y transforma la Iglesia al «servicio del mundo» y al «encuentro del hombre». Un sínodo requiere que queramos y podamos transformarnos, que entremos en un proceso de conversión permanente porque «el llamamiento a la conversión es de todos los días y de todas las horas, es despertar de las conciencias, es respuesta a la Palabra de Dios que nos reclama cambiar radicalmente para que día a día nazca en nosotros el ser humano nuevo».

Ese fue el espíritu sinodal en que nos colocó el *Anuncio* al convocar a la Iglesia arquidiocesana de Bogotá «para responder pastoralmente, por fidelidad al Señor y al hombre de hoy, con la participación de todos los que estén en capacidad de hacerlo, a los desafíos que la estructura y la cultura de la metrópoli plantean a la comunión y misión de la Iglesia».

RE-CONOCIMIENTO EN LOS PASOS DADOS

Hoy reconocemos que el Sínodo de la arquidiócesis de Bogotá fue un proceso realizado con entereza y sinceridad, complejo y múltiple, que acogió y recogió a toda la Iglesia. Involucró a 25 mil personas a través de más de 23 mil procesos y fueron más de sesenta los documentos elaborados, en los cuales se recoge, sintetiza y en ocasiones se analiza e interpreta la información obtenida.² Son documentos que registran vivencias y opiniones, anhelos y deseos, expresiones todas que, de maneras muy diversas, al escucharlas permitieron descubrir los reclamos y peticiones que en nuestra perspectiva caracterizan problemáticas eclesiales y urbanas y que dieron lugar a las proposiciones que se definieron en la asamblea sinodal y que fueron la base para la promulgación de las *Declaraciones sinodales* por parte del señor arzobispo, monseñor Pedro Rubiano Sáenz.

2. Ver p. 393, cuadro 3, «Itinerario del Sínodo». En el texto que sigue, los nombres de los principales procesos se indican entre paréntesis.

Amplia consulta

La consulta se caracterizó por ser una búsqueda sincera de todas las manifestaciones posibles sobre diferentes pareceres respecto de la Iglesia y la ciudad. Se partió de una amplia participación en donde todos, aún quienes aparecían como alejados de las enseñanzas de Jesús, pudieron expresar sus apreciaciones e inquietudes, sus anhelos y deseos, sus observaciones y sugerencias. Podemos reconocer ahora que si algo guió el trabajo del Sínodo fue precisamente ese profundo deseo de responder a la petición de realizar una amplia consulta, en donde la multiplicidad de voces y de metodologías abrieran horizontes y posibilitaran la apertura de miradas para, así, intentar una comprensión integral de la situación de la Iglesia de Bogotá. Se dio cabida a las más variadas expresiones provenientes de todos los ámbitos de la población residente en nuestra ciudad: niños, jóvenes, mujeres, profesionales, obreros, religiosos, religiosas, sacerdotes, expertos... Se buscaron diversos caminos que a partir de preguntas, de discusión grupal, del recuento de vivencias, del análisis con diversos modelos, de lecturas y de oración, fuesen dando pistas que nos permitan caminar juntos, encontrarnos con nuevas oportunidades y con horizontes abiertos para hacer de nuestra Iglesia una Iglesia viva en comunidad.

Hoy reconocemos cuatro fases de consulta:

1. La primera, realizada durante 1990 y 1991, fue diseñada desde el inicio por la Comisión Preparatoria del Sínodo con el objetivo de «identificar, mediante amplia participación, los problemas pastorales de la arquidiócesis para determinar los principales desafíos a los que debe responder el Sínodo». Tuvo dos vertientes: la de suscitar la reflexión individual y la de posibilitar la discusión en grupos, en donde no sólo el trabajo intelectual sino también la oración contribuyeran al reconocimiento de dos tipos de problemáticas: las acciones de la Iglesia y el ser de la ciudad como el ámbito donde se realiza el anuncio del Evangelio.

Con estos parámetros siempre en mente se realizaron varios procesos: se diseñaron encuestas dirigidas a los diferentes sectores de la comunidad diocesana para que expresaran de manera individual sus pareceres («Consulta especializada»); se trabajó en grupos utilizando la metodología de talleres para realizar un análisis sistémico de la problemática («Diagnóstico participativo-Talleres APES»); y con el concurso de expertos se estudió la situación actual de nuestra ciudad junto con los retos que ésta le plantea a la Iglesia («Análisis de estudios sobre Bogotá»). Además, por iniciativa propia, el Equipo Arquidiocesano de Pastoral Juvenil realizó encuestas y asambleas con jóvenes para recoger sus anhelos e inquietudes («Consulta a jóvenes»).

2. La consulta tuvo una segunda fase después de realizar un primer momento de escucha con los principales responsables de la acción pastoral, quienes se manifestaron en el Encuentro Arquidiocesano de Villa de Leyva. Este se prolongó, entre septiembre de 1991 y marzo de 1992, en ocho encuentros más para las dos vicarías generales y las seis vicarías episcopales. En este período se reafirmó la necesidad y conveniencia de continuar la consulta en la forma más amplia posible, de tal manera que un mayor número de personas y de manera más profunda expresaran su sentir, sus anhelos y expectativas frente al ser y quehacer de la Iglesia y pudieran comprender mejor la realidad de nuestra ciudad. Con esta guía, se continuó la consulta durante 1992, con la participación de sacerdotes, religiosos y laicos en las diferentes vicarías, arciprestazgos y parroquias («Encuentros de consulta»). Además, en el mismo año, se desarrolló un trabajo de manera vivencial con más de mil personas, que buscó analizar elementos, circunstancias, problemáticas, actores y proyecciones del ser actual de la ciudad («Lectura semiológica de la ciudad»).

3. En 1994 fue necesaria una tercera fase de la consulta para incluir la dimensión histórica de los procesos arquidiocesanos (*Historia de la arquidiócesis de Bogotá, 1564-1993*), así como el estudio referido a grupos cristianos, no católicos, existentes en la ciudad. También se sistematizó y relató el proceso histórico de la arquidiócesis («Investigación sobre sociedades religiosas no católicas en Bogotá»).

4. Finalmente, se llevó a cabo una cuarta fase de consulta en 1996, para actualizar los datos sobre estudios de Bogotá recopilados anteriormente («Actualización del análisis de estudios sobre Bogotá»), y para caracterizar cada una de las vicarías episcopales en las que se divide el territorio de la ciudad («Caracterización social de las vicarías episcopales»).

Atenta escucha

Se quiso estudiar atentamente lo manifestado en la consulta buscando siempre agruparlo bajo nuevas categorías y priorizarlas para hacer más comprensiva la información obtenida. Este proceso de escucha contó con dos momentos muy significativos.

– El primero, a finales de 1991, que correspondió, como ya se mencionó, a la necesidad de hacer un alto en el proceso de consulta para que el presbiterio estudiara detenidamente la información recogida y manifestara sus propias observaciones y anhelos («Encuentros de Villa de Leyva»). Éste fue un momento privilegiado del proceso sinodal: el presbiterio se enfrentó con las apreciaciones y creencias, es

decir, con los imaginarios sobre la Iglesia de Bogotá, que si bien eran sentidos, sólo hasta ahora habían sido nombrados, y re-conoció con entereza, valor y también con desazón las problemáticas que a los ojos de los consultados y de ellos mismos iban apareciendo.

– Cumplida la segunda fase de consulta, la Comisión Preparatoria consideró conveniente iniciar un segundo momento de escucha, que se realizó entre julio de 1992 y septiembre de 1993. Contó con cuatro procesos distintos que buscaban encontrarse, desde diferentes perspectivas, con la información obtenida a través del esfuerzo de integrar y articular los múltiples y variados aspectos expresados.

Se realizaron dos actividades de lectura especializada: una a cargo de un grupo de ocho sacerdotes, quienes desde una visión teológica y pastoral, leyeron e interpretaron la información contenida en los documentos que recogían los procesos de consulta («Comisión teológico pastoral»); la otra lectura fue realizada por un grupo de cincuenta personas, integrado por sacerdotes, religiosos y laicos, guiados por un experto, quienes analizaron y discutieron un documento previamente preparado en el que se clasificó la información de la consulta en cinco temáticas («Seminario-taller»).

También se abrió la escucha a la misma comunidad; así, el trabajo realizado en los encuentros de consulta, se profundizó a través de foros que intentaban convertir los temas presentados en problemas, con el fin de pensar en posibles alternativas de acción frente a ellos («Foros: de temas a problemas»); además, se configuraron grupos de treinta personas en todos los arciprestazgos y pastorales especializadas que buscaron nombrar y priorizar los principales aciertos y deficiencias de la pastoral, a partir de listados elaborados por un equipo de trabajo que estudió los documentos de la consulta («Reflexión en arciprestazgos y pastorales especializadas»).

En general, todas las acciones de escucha fueron valiosas precisamente porque se trataba de un diálogo en donde se volvía sobre lo mismo, se re-visaba, se re-conocía y se podían explicitar esos aspectos que aunque sentidos no habían sido expresados y menos escuchados por toda la Iglesia. Estos momentos se fundamentaron en el interrogante formulado –¿marchamos bien o tenemos reparos a nuestra marcha?– y se abordaron desde el deseo sincero de conversión al que estábamos invitados. Al hacer un reconocimiento global del proceso de escucha se puntualizaron tres descubrimientos centrales en relación con la problemática eclesial³:

3. Ver p. 389, cuadro 1. «Problemáticas eclesiales».

– *Parecería que el Evangelio no da «forma» a la Iglesia.* Si bien es cierto que el despliegue de la Palabra de Jesús es la misión de la Iglesia, esto parece quedarse encerrado en sí mismo sin permear la forma de ser Iglesia. No es la que inspira ni los modos de organización, ni las formas de hablar, ni las maneras de hacer presencia.

– *La Iglesia-pueblo de Dios aparece diluida.* Prima una visión de Iglesia-institución frente a la perspectiva de la Iglesia posconciliar que hace énfasis en La Iglesia-pueblo de Dios. Aunque ésta se menciona, rara vez se apropia, ya que casi nunca nos sentimos Iglesia-en-comunidad.

– *El cristianismo no aparece encarnado en el mundo.* Ni en las formas de preguntar ni en las maneras de contestar se vislumbra cómo el Evangelio incide en nuestro quehacer diario, en nuestra configuración como comunidades históricas. Se habla de la necesidad de una mayor coherencia entre fe y vida, del testimonio cristiano, pero este aspecto se desarrolla poco, y menos especificando nuestra condición de ciudadanos latinoamericanos.

Se reconocieron también tres problemáticas urbanas⁴:

– *La violencia urbana en la que se refleja la libertad entendida como poder absoluto sobre los demás y contra los demás.* La seguridad ciudadana fue la necesidad más sentida junto con la urgencia de sustituir los comportamientos violentos por los de la aceptación y cumplimiento de las normas que regulan la convivencia.

– *Los conflictos sociales marcados por el divorcio entre el progreso individual y la búsqueda del bien común.* Si bien es cierto que estos aspectos le corresponden principalmente a la administración pública, se hace evidente la necesidad de encontrar nuevos caminos personales y sociales que permitan conjugar ambos procesos.

– *La pobreza extrema como consecuencia de la ruptura entre el progreso y las exigencias de la equidad social.* La pobreza, si bien es un hecho complejo, no puede considerarse como un mal inevitable. Nos compete encontrar caminos que contribuyan a mejorar las condiciones de vida de todos los ciudadanos.

En este paso de escucha se fue haciendo cada vez más evidente que de diversas maneras y en multiplicidad de ámbitos y niveles se solicitaba con insistencia llevar a cabo procesos de formación y desarrollar una pastoral orgánica

4. Ver p. 390, cuadro 2, «Problemáticas urbanas».

y de conjunto como dos posibles caminos para contrarrestar las problemáticas encontradas.

Juicioso discernimiento

Entre 1994 y 1996, la Secretaría del Sínodo vio la conveniencia de una mejor comprensión de nuestro tiempo y de descubrir otras posibilidades conceptuales más acordes con el momento que nos ha correspondido vivir. Esto, para tener criterios y principios más sólidos con las cuales leer toda la información existente, como base para entrar de lleno en el proceso de discernimiento. Para ello, un grupo de cuarenta sacerdotes y el equipo de la Secretaría del Sínodo realizó un trabajo en seminario: tuvieron reuniones semanales y varias sesiones intensivas de tres días en las que estudiaron y apropiaron las enormes transformaciones que presenciamos y de las cuales también somos protagonistas, y estudiaron cuidadosamente los documentos hasta ahora producidos en la escucha de la consulta. («Seminario permanente» y documento *Por una Iglesia viva*). En ese proceso se fue haciendo evidente que nos encontramos con nuevas formas de ver y asumir la realidad cuya comprensión requiere de nuevas metodologías.

Este grupo de sacerdotes, por caminos insospechados y desde puntos de mira frecuentemente inusuales, retomó la información recogida en las diversas acciones realizadas hasta entonces, la sistematizó, la analizó y la interpretó en conjunto, reconociendo no sólo lo expresado, sino también lo ausente: aquellos aspectos que precisamente no han sido mencionados y que probablemente pueden arrojar nuevas luces sobre las acciones de la Iglesia de Bogotá. Esta nueva lectura se presentó y discutió en grupo en una sesión intensa de dos días, después de que el señor arzobispo Pedro Rubiano Sáenz, al tomar posesión de la sede en 1995, reanudó el proceso sinodal.

Este fue un tiempo de releer, revisar, reconocer la multiplicidad de manifestaciones detectadas en la escucha de la consulta. Subrayamos el «re» que acompaña nuestras acciones en su doble dimensión: como volver sobre lo mismo de manera diferente y como insistencia, profundización, como manera de reiterar, de recalcar la temática en cuestión. Se trata de leer de nuevo y de leer con más detalle; de ver lo mismo en otra perspectiva, con otras dimensiones y con mayor profundidad; de volver sobre lo conocido para que el encuentro-de-nuevo nos permita descubrir otras y nuevas posibilidades y comprensiones para que como Iglesia-en-comunidad caminemos juntos, re-ligados, por el camino de la renovación, de la re-conciliación del hombre con el hombre, del hombre con su mundo, de uno mismo con uno mismo; re-conciliación que es, en últimas, el

misterio que en el Evangelio se nos revela. Con nuevos ojos, como es la petición del Anuncio, en una «búsqueda humilde y creativa», fuimos buscando «precisar, ponderar, dar a cada una de esas voces su valor y auténtico contenido».

«Precisar» implica necesariamente delimitar, encontrar lo esencial, lo específico, para lo cual se hace necesario desmenuzar, separar los elementos y clasificarlos; corresponde al momento de sistematización, esto es, de formalización, que requiere todo trabajo con rigor científico. La información, entonces, fue sometida a estudio, análisis, clasificación, a partir de categorías que ella misma puso de presente. «Ponderar» quiere decir sopesar, colocar en la balanza para reconocer en su justa proporción el peso de lo estudiado. «Valorar» es establecer juicios en relación con algunos parámetros para hacer sentido de lo que está en juicio. En consecuencia, la información sistematizada fue ponderada, buscando descubrir su valor para desde ahí tomar posición frente a ella como requiere toda acción valorativa.

En este proceso los descubrimientos de la escucha relacionados con las problemáticas eclesiales fueron enriquecidos con las peticiones, reclamos y articulaciones correspondientes.⁵ Hemos denominado «re-clamos» a todas las voces de clamor intenso que expresan el deseo de autorreconocimiento, de apropiación de una «identidad» desde la figura de Jesús para ir construyendo culturas cristianas que impregnen la vida cotidiana de las personas, y «peticiones» a aquellas solicitudes expresas de renovación cristiana.

Ante las problemáticas eclesiales detectadas, se reclama espiritualidad y se pide que éste sea el propósito de la formación cristiana; se reclama hacer de la Iglesia pueblo de Dios vivo y, en consecuencia, se pide que el estilo de la Iglesia se exprese en comunidad, como forma fundamental de nuestro ser cristiano; y se reclama mayor testimonio, es decir, mayor coherencia entre fe y vida, ante lo cual se pide una mayor presencia cristiana en la vida cotidiana.

Y en un momento de especial iluminación surgieron las virtudes teologales –fe, esperanza y caridad– como mediadoras entre reclamos y peticiones. Comprendimos las virtudes como cualidades propias de lo humano porque *virtus* significa valor, en su doble sentido como «valentía» y como «valía»; es honradez, entereza, carácter, fortaleza de ánimo. Es ahí, en la fe, la esperanza y la caridad, donde se anuda la esencia del ser cristiano y desde donde puede construirse una

5. Ver p. 389, cuadro 1, «Problemáticas eclesiales».

cultura de la tolerancia, del respeto. Ella enaltece nuestra condición humana que tiene el potencial de permitirnos siempre renacer desde nuestra situación encarnada, finita, débil, miserable e incompleta.

Es la «fe», como don que requiere de nutrición permanente a través de la oración, lo que nos pone-en-confianza, nos permite «dejarnos ir» porque nos coloca en cercanía con lo originario, con el *arché*, con el Principio, y por ello mismo es lo que nos da el sentido de la vida, se convierte en nuestro empuje e impulso.

Es la «esperanza», como «virtud fundamental del cristiano, la que nos sostiene en las pruebas, la que no permite que decaiga el ánimo». Es la esperanza en donde se anidan los anhelos y los sueños, donde ilusiones y fantasías cobran sentido, donde se nos hace posible pensar en lo imposible, donde la utopía, ese singular, también ocupa un lugar; es lo que nos coloca en proyección apuntando hacia ese *telos* que nos jalona «con la seguridad de que se cumplirán las promesas del Señor, que vendrán días mejores, de que el Evangelio manifestará su fuerza y hará ver sus frutos de vida cristiana en medio de los seres humanos».

Y es la «caridad» el amor, como actuación de la fe, donde todo cobra sentido; es acto total de solidaridad, de compasión, de misericordia que nos permite volcarnos sobre la necesidad del otro para descubrirnos en la miseria del otro y llenarla de nuestro corazón; es desprendimiento, generosidad, benevolencia, desinterés, que hace de nosotros donación sin petición, para podernos descubrir en la mirada del otro, precisamente porque nos reconocemos en su debilidad en su fragilidad, en la falla que con pasión acogemos y compartimos, para juntos irnos acercando a nuestro proyecto vital, para aceptar la invitación de Jesús de hacernos a su semejanza:

...el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz (Filipenses 2, 6-8).

Para continuar el proceso de discernimiento con participación de toda la comunidad se hizo evidente la necesidad de proponer tres giros, tres movimientos de raíz, para pensar nuestra Iglesia urbana hoy. Primero, en vez de continuar meramente enunciando los retos y desafíos que la metrópoli le pone a la Iglesia, intentar leer los signos del Espíritu en la cultura, encontrando las huellas del Evangelio para descubrirlo vivo en medio de la ciudad, de la familia, del trabajo, del parque... del acontecer cotidiano... Segundo, en vez de seguir protegiendo la religión para que no se contamine, más bien poner al Evangelio en diálogo con la

vida, no olvidando que la Palabra de Dios sigue fundando lo que hoy se hace, se dice, se siente, se inventa, se descubre... Tercero, en vez de querer cubrirlo todo, y de asemejarnos a otras instituciones, a otras formas de proceder, más bien centramos en aquello que la Iglesia y sólo la Iglesia puede hacer: el despliegue en comunidad de fe, caridad y esperanza.

Este, podemos decir, fue un segundo momento privilegiado del proceso sinodal en el cual se reconoció la necesidad y pertinencia de este trabajo como preparación para el discernimiento y la manera como los procesos de conversión necesariamente toman tiempo. Este fue, a juicio de todos, un momento de gracia que nos fue permitiendo ver el Sínodo en su espíritu de caminar juntos hacia la renovación.

Una segunda fase de discernimiento se llevó a cabo en 1997 cuando se retomó el trabajo en seminario para estudiar con mayor profundidad temáticas referentes a la cultura urbana («Seminario de cultura urbana») y en el que se fueron perfilando los reclamos, peticiones y articuladores propios de las problemáticas urbanas.⁶

Ante las problemáticas urbanas detectadas, se reclama el respeto a la vida y por ende se pide promover los derechos y deberes humanos; se reclama mayor tolerancia y se piden mejores condiciones para el pleno desarrollo del bien común que ha de ser el de todos y de cada uno en particular; y se reclama un verdadero progreso según las exigencias propias del ser humano, acompañado por una petición de solidaridad, entendida ésta como sentido de responsabilidad.

Y como articuladores entre reclamos y peticiones, se enuncian la dignidad humana, la comunidad humana y la acción responsable.

Con esta estructura temática se realizó un trabajo cuidadoso y extensivo de discernimiento en cada uno de los arciprestazgos («Discernimiento en arciprestazgos»), trabajo que se completó en las sesiones zonales que dieron inicio al proceso de respuesta. Podemos reconocer hoy que en este proceso los datos escuchados y reconocidos en la primera fase del discernimiento se convirtieron en deberes.

Las fases del discernimiento guiadas y acompañadas por un profundo deseo de responder a los designios del Señor, nos permitieron reconocer que sí tenemos reparos a nuestra marcha, que somos responsables de las respuestas y que ellas sólo

6. Ver p. 390, cuadro 2, «Problemáticas urbanas».

son posibles desde nuestra transformación personal para reconocer los signos del Espíritu en nuestra ciudad.

Este proceso culminó con el planteamiento de las siguientes propuestas:

- *Arraigo en la Palabra de Dios.* Insistir en el Evangelio como fundamento de toda acción evangelizadora.
- *Participación en pequeñas comunidades.* Énfasis en la importancia de la familia y en el trabajo con grupos.
- *Servicio a la persona y a la sociedad.* Acrecentar el sentido misionero de la Iglesia encontrando nuevas formas para permear la cultura urbana con el Evangelio.
- *Y, centrar la atención en la formación y en la unidad pastoral* en todos los ámbitos, de diversas formas, con todos los miembros de la Iglesia, como mediación para realizar las propuestas señaladas.

Cuadro 1
PROBLEMÁTICAS ECLESIALES

| | Reclamos | Articuladores | Peticiones |
|---|-----------------|----------------------|-------------------|
| <i>Parecería que el Evangelio no da forma a la Iglesia.</i> | Espiritualidad | Fe | Formación |
| <i>La Iglesia - pueblo de Dios aparece diluida.</i> | Comunidad | Caridad | Estilo |
| <i>El cristianismo no aparece encarnado en el mundo.</i> | Testimonio | Esperanza | Presencia |

Cuadro 2

PROBLEMÁTICAS URBANAS

| | Reclamos | Articuladores | Peticiones |
|---|------------|--------------------|----------------------------|
| <i>Violencia urbana (libertad como poder absoluto).</i> | Vida | Dignidad humana | Derechos y deberes humanos |
| <i>Conflictos sociales (divorcio entre progreso individual y bien común).</i> | Tolerancia | Comunidad humana | Bien común |
| <i>Pobreza extrema (progreso sin equidad).</i> | Progreso | Acción responsable | Solidaridad |

Respuesta: testimonio cristiano

Escuchada y discernida la consulta, el proceso de respuesta se realizó en forma de asamblea entre junio de 1997 y mayo de 1998, la cual, retomando el sentido originario de la palabra «asamblea» implicó «juntar», «poner en relación» lo recogido, lo analizado y ponderado para responder a los múltiples interrogantes, «ayudando al obispo en su tarea de promover siempre y con eficacia el bien integral de la comunidad confiada a la solicitud de su pastor». Es este el sentido del Sínodo que no quiere decir más que «convergencia de caminos».

El proceso se celebró en tres fases: sesiones de trabajo zonales, sesiones de trabajo arquidiocesano y sesiones de promulgación. Las sesiones zonales, además de perfeccionar el discernimiento, ayudaron a comprender mejor la identidad de cada una de las zonas pastorales episcopales y a proponer modelos de respuestas pastorales a las situaciones encontradas. Las sesiones arquidiocesanas buscaron

responder a la aspiración, intensamente señalada desde las zonas pastorales episcopales, de identificar de manera aún más diáfana la propia fisonomía de la Iglesia arquidiocesana; y a las sesiones de promulgación les correspondió iniciar las acciones para la aplicación de las *Declaraciones sinodales*.

La asamblea sinodal concretó su trabajo en doce «proposiciones» que estructuró siguiendo las indicaciones del *Anuncio*, a partir de «explicitar los interrogantes suscitados y darles respuesta planteando presupuestos, propósitos y líneas de acción para la vida pastoral de la arquidiócesis». ⁷ La primera resolución fundamenta la respuesta a partir de la parábola del Buen Samaritano y especifica el propósito de «perseverar en la oración para ser instrumento de evangelización». Las siguientes definen las líneas de acción a partir de varios interrogantes: la segunda responde «con quién y en dónde actuar», de la tercera a la undécima se especifica «qué vamos a hacer» y la última expone «cómo lo vamos a hacer».

Las tres problemáticas eclesiales reconocidas en la escucha y que en el discernimiento fueron enriquecidas e interpretadas como las mayores aspiraciones de la arquidiócesis: *–arraigo en la palabra de Dios, participación en pequeñas comunidades y servicio a la persona y a la sociedad–* en la respuesta se retomaron como nuestras opciones fundamentales y también dieron forma a la estructura de las resoluciones. En síntesis, las tres problemáticas, respectivamente, responden a tres preguntas: de qué punto parte nuestra marcha, qué ruta planea seguir y cuál es la meta del itinerario. Se hace evidente, entonces, cómo la primera opción indica el punto de partida: por dónde empezar a caminar, lo fundante; la segunda, el camino: el rumbo que habría que tomar, lo propuesto; y la tercera, el horizonte: la meta del camino, lo buscado.

La respuesta a cada una de las tres problemáticas, a su vez, está estructurada en tres proposiciones –convertidas en resoluciones en las *Declaraciones sinodales*– que siguen este mismo modelo: en lo que nos fundamentamos, lo propuesto y lo buscado. Y avanzando aún más, las mismas resoluciones están configuradas y enunciadas a partir de este mismo esquema: punto de partida, camino y horizonte.

Esta simetría en correlación, que a primera vista podría parecer artificial, fue inspirada por las indicaciones del *Anuncio*, el cual ya establece una triada como respuesta: presupuestos, líneas de acción y propósitos y, sobre todo, está fundada en la complementariedad de los tres temas que componen «qué vamos a hacer»

7. Ver p. 394, cuadro 4, «Síntesis de los procesos sinodales».

(¿cómo no identificar aquí los tres grandes rasgos propios de la Iglesia: misterio, comunión y misión?). La triple triada es la re-confirmación de la coherencia entre la temática que nos corresponde como Iglesia y sólo como Iglesia, la forma de la respuesta y el sentido que nos compele nuestro ser cristiano para abrimos «generosamente y con cristiana alegría a prestar el mejor servicio pastoral al hombre». Diríamos que no es más que haber des-cubierto lo que nos determina, lo que nos convoca y lo que nos compete como cristianos.

Hoy podemos afirmar que la respuesta ha sido un proceso en el cual el testimonio y el compromiso cristiano se han hecho evidentes. Estas proposiciones que recogen toda la riqueza de las intervenciones y de los documentos del proceso sinodal, aprobadas casi por unanimidad, fueron presentadas al Señor Arzobispo, quien las acogió y las promulgó en la forma de *Declaraciones sinodales*, «como directivas pastorales para la nueva evangelización en la Iglesia arquidiocesana de Bogotá». ⁸

8. «Promulgación del Sínodo Arquidiocesano de Bogotá» en *Declaraciones sinodales*, 1998, p.9.

Cuadro 3

ITINERARIO DEL SÍNODO

Consulta - Fase I

- 1990 - 1991
- Consulta a jóvenes.
 - Diagnóstico participativo - Talleres APES.
 - Consulta especializada - Encuestas.
 - Análisis de Estudios sobre Bogotá.

Escucha - Fase I

- 1991-1992 - Encuentros de Villa de Leyva.

Consulta - Fase II

- 1992
- Encuentros de consulta.
 - Lectura semiológica de la ciudad.

Escucha - Fase II

- 1992 - 1993
- Comisión teológico pastoral.
 - Foros: de temas a problemas.
 - Seminario taller.
 - Reflexión en arciprestazgos y pastorales especializadas.

Consulta - Fase III

- 1994 - Historia de la arquidiócesis de Bogotá.

Discernimiento - Fase I

- 1994 - 1996
- Seminario permanente: preparación del discernimiento.
 - Estudio del documento : «Por una Iglesia viva».

Consulta - Fase IV

- Caracterización social de las vicarías episcopales.
- Actualización del análisis de estudios sobre Bogotá.

Discernimiento - Fase II

- 1997
- Seminario sobre culturas urbanas.
 - Discernimiento en arciprestazgos.

Respuesta

- 1997-1998
- Asamblea sinodal:
- Sesiones de trabajo zonales.
 - Sesiones de trabajo arquidiocesanas.
 - Sesiones de promulgación.

Cuadro 4

SÍNTESIS DE LOS PROCESOS SINODALES

| Escucha | Discernimiento | Respuesta |
|--|---|---|
| <p>Interrogante: ¿Marchamos bien o tenemos reparos a nuestra marcha?</p> | <p>Sí tenemos reparos. Somos responsables de las respuestas.</p> | <p>FUNDAMENTO DE LA RESPUESTA</p> <p><i>Primera resolución</i> Presupuesto: Parábola del Buen Samaritano. Propósito: <i>Perseverar en la oración para ser instrumento de evangelización.</i></p> |
| <p>Espíritu sinodal: la conversión.</p> | <p>Transformación personal. Signos del Espíritu en la cultura urbana.</p> | <p>LÍNEAS DE ACCIÓN ¿Con quién y en dónde actuar?</p> <p><i>Segunda resolución</i> <i>Abrir nuestros corazones para realizar la misión de la cultura urbana.</i></p> |
| <p>Parecería que el Evangelio no da forma a la Iglesia.</p> | <p>Arraigo en la Palabra de Dios.</p> | <p>LÍNEAS DE ACCIÓN ¿Qué vamos a hacer?</p> <p><i>Tercera a quinta resoluciones</i> 3a.) <i>Conocer y anunciar la Palabra de Dios para acompañar la conversión continua.</i> 4a.) <i>Renovar las celebraciones litúrgicas para transparentar al Señor Jesús.</i> 5a.) <i>Dinamizar nuestra condición de testigos para oír, creer, esperar y amar.</i></p> |

| Escucha | Discernimiento | Respuesta |
|---|---|--|
| <p>La Iglesia, pueblo de Dios, aparece diluida.</p> | <p>Participación en pequeñas comunidades.</p> | <p>SEXTA A OCTAVA RESOLUCIONES</p> <p>6a.) <i>Promover</i> pequeñas comunidades para <i>construir</i> un nuevo tejido eclesial.</p> <p>7a.) <i>Renovar</i> la comprensión de la parroquia para <i>acoger y atender</i> en diversas situaciones.</p> <p>8a.) <i>Involucramos</i> todos y de modo diverso para <i>reconocernos</i> miembros de la Iglesia.</p> |
| <p>El cristianismo no aparece encarnado en el mundo.</p> | <p>Servicio a la persona y a la sociedad.</p> | <p>NOVENA A UNDÉCIMA RESOLUCIONES</p> <p>9a.) <i>Iluminar</i> con el Evangelio la cultural para <i>construir</i> el entramado social.</p> <p>10a.) <i>Descubrir</i> en las transformaciones los signos del Espíritu para <i>ser fermento y alma</i> de la sociedad.</p> <p>11a.) <i>Redescubrir</i> y <i>mostrar</i> la dignidad inviolable del ser humano para <i>comprometernos</i> en su promoción.</p> |
| <p>Formación en todos los ámbitos y con todos. Pastoral orgánica y de conjunto.</p> | <p>Formación.</p> <p>Unidad Pastoral.</p> | <p>LÍNEAS DE ACCIÓN</p> <p>¿Cómo lo vamos a hacer?</p> <p><i>Duodécima resolución</i></p> <p>Dos formas de acción: en <i>formación</i> y con <i>unidad pastoral</i> para <i>aplicar</i> las resoluciones sinodales.</p> |

ESTILO SINODAL

El trabajo realizado durante el proceso sinodal estuvo marcado por una permanente búsqueda: búsqueda de muchas voces que expresaran su sentir sobre la Iglesia y su contexto, búsqueda de metodologías que permitieran un real encuentro de pareceres, búsqueda de pistas y pautas que nos permitieran comprender mejor el quehacer de nuestra Iglesia. Estuvimos siempre en camino, en sínodo, sin instalarnos y tampoco deambulando. Hoy podemos afirmar que fuimos guiados por el deseo sincero de aceptar la invitación del Señor Jesús que se nos explicita en la *Oración*, buscando siempre nuevos caminos que lleven a la «Iglesia a renovarse y crecer en santidad (...) para que sea Iglesia del amor y del servicio, que proyecte siempre tu imagen de Pastor bueno, camino, verdad y vida de los hombres». Esta permanente búsqueda es lo que ha marcado nuestro estilo sinodal, sabiendo siempre que era necesario seguir caminando para revivir hoy el sentido de nuestra vida cristiana.

Si de algo podemos estar seguros ahora es de haber generado una amplia participación en el proceso sinodal. Se consultaron y escucharon multiplicidad de voces que expresaron sus apreciaciones y anhelos sobre nuestra Iglesia y nuestra ciudad. En todo el proceso primó la intención «de llegar a todos los sectores posibles que estuvieran en capacidad de dar aportes válidos» y hubo una preocupación constante por conocer las miradas no sólo sobre la Iglesia sino también sobre nuestra capital, como el espacio en donde ha de cobrar sentido la Iglesia-en-renovación.

En esta consulta amplia y escucha atenta se evidenciaron variadas formas de trabajo, de modelos de lectura y de caminos recorridos: reuniones, encuestas, visitas, talleres, vivencias, grupos pequeños, grupos grandes; en parroquias, en arciprestazgos, en vicarías; con sacerdotes, con religiosos y religiosas, con profesionales, con mujeres, con trabajadores, con expertos, con niños, con jóvenes; dibujando, hablando, discutiendo, escribiendo, leyendo textos, en seminario permanente; en fin, aprovechando todas las posibilidades y todos los ámbitos que se pudieran surgir en un momento dado.

El proceso en general estuvo siempre en revisión para buscar nuevas y mejores formas de realizarlo. A lo largo del camino se fueron sopesando las acciones: se continuó la consulta en cuatro ocasiones para dar lugar a que más voces expresaran su sentir, como fue el deseo desde el inicio del trabajo; se escuchó con detenimiento y se involucró al mayor número de personas y desde diversas perspectivas; se reconoció el peligro de pasar de la explicitación de deseos a realizaciones concretas sin mediación; se reconocieron las limitaciones de

metodologías que conducían a respuestas de manera casi automática; y se fue viendo la necesidad de buscar nuevas formas de trabajo, de buscar otros caminos que permitieran no sólo recoger y sintetizar la información sino comprender sentidos posibles desde lo manifestado.

Sin desconocer que la información obtenida es básica, consideramos que lo más importante del proceso fue habernos puesto como comunidad en conversación, el haber dado la voz al otro, el que los otros se reconocieran entre sí, el que la Iglesia-institución se abriera a la escucha de quienes la componen como pueblo de Dios. Fueron veintitres mil ocasiones en que diversos grupos pudieron entrar en contacto para expresar y escuchar sus posiciones sobre la Iglesia y la ciudad.

En el mismo proceso fuimos dándonos cuenta de la necesidad de continuar la marcha, de no detenernos, de no contentarnos jamás con lo ya hecho, sino de seguir inquietos, admirados, ante las posibilidades de comprensión que a cada paso se nos han ido apareciendo. Fuimos capaces de aceptar que en ocasiones nos repetíamos sin avanzar, que volvíamos sobre lo mismo sin descubrir novedades que nos dieran luces para nuestra misión de servicio. Por eso, a veces, fue necesario aminorar el paso, revisar lo que estábamos haciendo, modificar procedimientos y seguir buscando. Y no podemos dejar de reconocer que todo este trabajo estuvo acompañado de oración, que guío e iluminó nuestro camino.

Si algo resulta evidente es cómo, a través de nuestros recorridos, se fue desarrollando un cambio de mirada en el mismo proceso sinodal. El desplazamiento metodológico tal vez lo podamos considerar como una de las conversiones más significativas para el trabajo mismo del Sínodo. «Método», según la etimología griega, quiere decir camino, recorrido. Y si Sínodo es caminar juntos, al cambiar el camino necesariamente cambia el escenario y el horizonte y, por tanto, se transforman las perspectivas que se nos presentan al caminar.

Estuvimos en permanente búsqueda de modelos de lectura que pudieran dar cuenta de nuestra problemática humana en su dimensión trascendente. Se trata, en nuestro caso, de temáticas densas y abstractas que precisamente se refieren a lo divino de lo humano, a lo sagrado, a lo que da sentido a nuestra vida encarnada, por lo cual fuimos reconociendo que éstas no podían reducirse a análisis objetuales centrados en lo social. La reflexión sobre lo humano y lo social no puede reducirse a datos objetivables; de allí se puede partir, pero la implicación subjetiva es necesaria. Toda investigación de este tipo es necesariamente interpretativa. De ahí que en el transcurso del proceso nos detuviéramos, en seminario permanente, a ahondar en el debate epistemológico contemporáneo y optáramos por una perspectiva

hermenéutica que privilegia la interpretación, cuyo punto de partida es la convicción de que sujeto y objeto se construyen y comprenden mutuamente.

Fueron muchas las transformaciones que el mismo proceso possibilitó: de pensar que era necesario llegar a cada puerta con una encuesta, se fue haciendo evidente que unas voces representaban a las demás; que en tanto la consulta se seguía abriendo, se repetía lo mismo; que lo importante no era seguir recogiendo pareceres, sino descubrir lo que en ellos daba luces para ir comprendiendo a la Iglesia urbana aquí y ahora; de insistir en que a cada pregunta, a cada inquietud se le debía dar respuesta de forma inmediata. Las mismas dificultades metodológicas se encargaron de demostrar que esa búsqueda directa, casi automática, de concreción, no era posible; de intentar pasar directamente de la investigación a la acción, se fue viendo que aparecían propuestas innumerables y que todas podían ser válidas, pero que no se respondía al profundo deseo de renovación en el que el Sínodo se empeña; de haber partido de paradigmas predeterminados para aplicarlos a la Iglesia y la ciudad, fuimos comprendiendo la necesidad de exponernos a lo que nos interpela para desde allí descubrir su sentido; en fin, si algo ha ido haciéndose camino es que no podemos partir de respuestas, sino que a ellas se llega y se llega solamente cuando estemos listos, cuando hayamos comprendido y, de suyo nuestras acciones se desprenderán desde la misma comprensión.

Hemos tratado de des-centrarnos, de sentirnos más sensibles y comprensivos, de escuchar más nuestras sensaciones, de ver de otro modo; hemos intentado descubrir nuevas dimensiones a la existencia, estamos en una posición de apertura que ojalá nos permita seguir viendo «con otra óptica». Este cambio de mirada nos ha permitido, en todo sentido, ir re-conociendo «lo otro»: lo que nos aparece como diferente, lo que nos cuestiona y confronta y por eso mismo nos permite construimos personas en subjetividad; es la base para el despliegue de nuestra caridad. Hemos ido aceptando, entonces...

- *Otros puntos de vista diferentes a los nuestros*; así, la realidad ya no se nos aparece como una, sino que ésta depende de las diversas posturas con las que se mire. Esto nos ha obligado a ser «humildes» en todo el sentido de la palabra –como indica el *Anuncio*–, a reconocer al «otro» y a «lo otro», a no seguir en la posición de que nosotros tenemos la última palabra, de ser los «definidores», los más preparados. Hemos ido aprendiendo a escuchar, a callar, a hacer silencio. Y tras reconocer nuestra ignorancia, hemos podido ir afirmándonos en nuestro saber.

- *Otras formas de ser*, porque no somos sólo razón; también somos sensibilidad, como lo que nos pone en contacto con lo otro; y además somos deseo, como lo que nos «mueve a-ser-siendo».
- *Otros lenguajes* diferentes a los propios, otras formas de llamar las cosas, de designarlas, y por tanto de conocerlas y comprenderlas.
- *Otras expresiones* que se descubren en lo poético, lo irónico, lo mítico, lo utópico, lo épico y también lo trágico, como diversas maneras de explicar la existencia, como maneras de acceder imaginariamente al mundo y a sus sentidos.
- *Otras formas de interrogación* centradas en nosotros primero que en los otros, lo cual nos ha permitido mirarnos desde adentro y cuestionar nuestra propia estructura, rompiendo con las falsas seguridades, con la conciencia ingenua de creer en un único mundo incuestionado.
- *Otras experiencias de grupo* en las que se ha hecho evidente la solidaridad en las diferencias.
- En síntesis, *otras «formas de ver»*, otras formas de acercarnos a la realidad en donde se hacen evidentes la diversidad de posiciones y la multiplicidad de opciones.

Y así también hemos ido re-conociendo que frente al mundo no sólo hemos de pensar en lo que es y debe ser, sino también en lo que puede ser posible. Es ahí donde cobra fuerza la imaginación y nos sitúa en actitud de profunda esperanza. Han ido apareciendo...

- *Posibles y valientes mundos nuevos*: la cultura latinoamericana es una realidad que no podemos desconocer. Somos mezcla y mestizaje, somos épica y mito, somos epopeya y utopía... Y si una vez fuimos utopía, U-Topos, lugar que no es para Europa, también Europa en un momento se volvió Utopía para nosotros. Es ya hora de pensar con Carlos Fuentes, el gran escritor mexicano, que «América es, y el mundo, al fin está completo. América no es Utopía, el lugar que no es. Es Topía, el lugar que es. No es un lugar maravilloso, pero es el único que tenemos».
- *Posibles mundos invisibles*: en donde el espacio y el tiempo se trastocan en la geometría fractal, en los viajes por realidades virtuales; donde el orden y el desorden van de la mano; donde lo ambiguo, lo indeterminado, lo flexible empiezan a aflorar junto con lo estático y lo definitivo; donde lo real y lo

imaginario se entrecruzan para construir mundos propios; donde se comprende que sí es posible -como también lo insiste Carlos Fuentes- «inventarse el pasado y recordar el futuro».

- *Posibles paradojas*: en donde las cosas aparecen a la vez, donde la linealidad, el esquema causa-efecto, estímulo-respuesta cede su lugar a la mezcla, a lo simultáneo; en donde aparece siempre el tercer término que abre posibilidades: descubrimos el valor de la conjunción, el «y», a cambio de la disyunción, el «o».
- *Posibles historias y relatos* en donde se teje la vida para comprender lo que somos como personas y como comunidades, pero no limitada a la historia oficial, sino principalmente las narraciones literarias y, claro, las que todos hacemos todos los días desde nuestras prácticas cotidianas.
- *Posibles mundos femeninos*: el re-conocimiento de la mujer y del sentido de lo femenino en la construcción de unas formas culturales más sensibles, más íntimas, más razonables, en donde prácticas y tácticas cotidianas -así sean ejecutadas por hombres- como habitar, cocinar, conversar y relatar, nos hacen cuestionar lo definido estratégicamente siempre basado en la eficiencia y la efectividad.
- *Posibles construcciones sociales* que se nos evidencian desde los movimientos étnicos, los movimientos de identidad, las formas urbanas, los movimientos sociales... que sutilmente, de manera leve van generando grandes reacciones.
- *Posibles desplazamientos y transformaciones* que nos permiten reconocer cambios en la sensibilidad, que nos acercan a la comprensión del «gusto» de hoy, de lo «barroco» y las opciones de la «posmodernidad»; posibilidades de lo «rico» y «gustoso» -como dicen los jóvenes- frente a lo «importante» o lo «interesante». Desarrollos tecnológicos y modificaciones en la vida política y económica transforman nuestros procesos de conocimiento, nuestras prácticas culturales, nuestras formas de concebir el mundo y, a su vez, éstos inciden sobre los primeros.
- *Posibles riesgos*, aceptando la aventura y, ante todo, la confrontación consigo mismo.

No podemos dejar de admirarnos ante la forma en que todos hemos sido tocados por el proceso sinodal. No es posible desconocer que quienes en una u otra forma hemos estado involucrados, hemos experimentado, algunos más intensamente que otros, un ambiente de cambio, otras formas de ver; es como si un nuevo espíritu,

a veces incipiente, a veces con enorme fuerza, estuviera entre nosotros. Pensamos así que esa transformación intensa es la que al fin de cuentas se traduce en toda la acción pastoral, acción de servicio de sacerdotes, de religiosos y de laicos que cumplen con la acción misionera de la Iglesia.

Podemos decir que nos hemos colocado en conversión, que hemos reconocido otros puntos de vista, que se nos han abierto nuevas perspectivas, que ha habido un cambio de mentalidad, de manera de ver, de concebir lo mismo de manera diferente; diríamos que se ha dado un salto, un salto que para unos ha significado el paso de la explicación a la comprensión y que para otros ha implicado también una nueva dimensión –la de la revelación– en la que se descubre lo que ha estado siempre ahí, pero que visto con otros ojos, con otra disposición, con gran apertura, de pronto se reconoce y da sentido a nuestra existencia, a nuestras formas de sentir y de proceder.

* * *

En las acciones de esos años, sin saber cómo ni en qué momentos, el Sínodo se fue re-creando. Este haber hecho camino caminando es tal vez lo más valioso del proceso sinodal. Se partió de lo que ha sido un sínodo en la tradición histórica, se tuvieron en cuenta los lineamientos del *Anuncio* y sin proponérselo, como guiados por la mano divina, el Sínodo se fue haciendo original precisamente porque se hizo justicia al sentido profundo de lo que es un sínodo: caminar-juntos-en-conversión. Fuimos inventado el camino, hicimos camino al andar, y en ese caminar fuimos descubriendo otras y nuevas formas de realizarlo. Caminamos siempre buscando, caminamos juntos conversando y de esa manera nos fuimos transformando.

Que el Sínodo tomara varios años puede admirar... Nos dimos tiempo, nos permitimos madurar sin realizar acciones abruptas; no forzamos ni aceleramos los pasos, fuimos permitiendo que el proceso se desarrollara a su propio ritmo para convertirse en un camino de renovación. El proceso, entonces, fue lento; fue necesario tener paciencia porque de lo que se trata es de cambiar... y ese camino involucra toda nuestra vida, es la transformación siempre permanente que exige el ser cristiano.

En nuestros recorridos fuimos reconociendo que el trabajo sinodal precisamente radica en la conversión del corazón, porque sólo así se pueden transformar las estructuras y las diversas prácticas pastorales. Cualquier modificación con sentido sólo se genera desde una profunda convicción interior. Si hubo un acierto en nuestro proceso sinodal es el haber reconocido que no podíamos contentarnos con lo inmediato, explícito y evidente, con lo que desde siempre se

repite. En cada paso fuimos dándonos cuenta de que lo hecho no era suficiente, que había algo más, que era necesario seguir el camino, que en muchas ocasiones las metodologías se quedaban cortas, que era necesario abrirnos a otras perspectivas que pudieran dar cuenta con mayor sentido de nuestra problemática referida a lo humano, a lo humano más que humano, para poder trascender lo inmediato y dar nueva vida a nuestra Iglesia de Bogotá.

Se hace cada vez más palpable el Sínodo como nuevo camino, como apertura de posibilidades, como inicio, inauguración de sentidos posibles, como transformación; como reconciliación que nos coloca ante nuevas perspectivas vivenciales y pastorales. Esto implica que el Sínodo no puede ser una respuesta externa; tampoco una solución definitiva. Es precisamente un dinamismo que abre posibilidades lo que amplía caminos, lo que pone en marcha... Esto supone ser peregrinos, haciendo camino con otros hacia la meta que se nos ha revelado como objetivo del Sínodo: avivar la fe, la caridad y la esperanza con diferentes ritmos y de diversas formas, siempre reconociendo la unidad en la diversidad.

Hoy, al mirar en retrospectiva el proceso vivido en su conjunto, podemos reconocer cómo el camino recorrido gana en coherencia y cobra nuevos sentidos, más allá de los imaginados en las acciones realizadas. Parecería que nos ganó el sentido con la certeza de que el camino se ha ido haciendo en espíritu sinodal, con «la confianza total de que el Señor es quien actúa y realiza su obra de salvación en medio de su pueblo».